



SAINETE POLÍTICO.



MÉTODO PARA NO DECIR ESTA BOCA ES MIA.

LOS HOMBRES DE ESTADO.

Desde que esa frase está de moda, no hay en las Cámaras opinión, ni vida, ni destellos siquiera de lo que fueron las minorías en épocas recientes.

El afán de merecer ese título, de pasar por hombres gubernamentales (otra frase sacramental y ridícula), hace á muchos fingir la seriedad del *personaje* bíblico que dió un disgusto á Silvea, discutiendo á propósito de una parábola.

Quiten ustedes alguno que otro escarceo personal, alguno que otro chispazo de energía, y á morir por Dios.

Ni los presuptos, ni lo de Cuba, logran sacar á esos caballeros de su angusta indiferencia. ¿Para qué? Al país nada le importan esas cuestiones.

Llega lo del Noroeste, y algunos individuos de la minoría se deciden á... formar parte del Consejo de administración, y los otros á callar. En otro tiempo y con otros hombres la protesta hubiera tenido resonancia.

Se votan pensiones para unas señoras viudas de eminencias discutibles — y aun cuando fueran indiscutibles — y las minorías siguen callando. Bien hecho. Al fin y al cabo, el país es quien ha de pagarlas, y el país nada en la abundancia.

Se habla del arriendo de los tabacos filipinos, y chiton.

Si alguna voz se alza censurando, es de la mayoría. Hasta Fabié da lecciones á los diputados de oposición, poniendo sobre el tapete el decreto que anuló el matrimonio civil.

Para obrar así ¿por qué no permanecieron retraídos los señores diputados, los demócratas sobre todo? ¿A qué aceptar deberes para incurrir en responsabilidades?

Una palabra pronunciada á tiempo vale más que cien discursos fuera de lugar. Que lo diga el Sr. Martos, cuando en tiempos de Martínez Campos consiguió aplazar lo del Noroeste. Y por cierto que nadie se explica ahora su silencio sobre el mismo asunto.

Todo esto, y más que callamos, débese sin duda alguna al vano empeño de pasar por hombres de Estado. Ni como táctica parlamentaria puede admitirse esa conducta: para dejar que la mayoría se destruya á sí misma, lo más acertado hubiera sido permanecer en el retraimiento.

Tener razón, y exponerla y defenderla vigorosamente, se considera, ó al menos así parece, como antigualla impropia de resucitarse por quienes aspiran al título de hombres de Estado. Comedimiento en la frase, prodigalidad de elogios al contrario, indulgencia con los hombres que devoran las amarguras del poder y tocan las impurezas de la realidad; esta es la manera de hacer la oposición á un poder que necesitaría escuchar los terribles apóstrofes de los profetas para conmoverse, ya que no le conmueve el estado del país ni los gritos de la opinión.

Ser hombre de Estado, como lo entienden tantos personajes eminentemente nulos, es la ciencia de los que no tienen ninguna; de los que mantienen su cabeza por cima de la corriente de los acontecimientos que aparentan conducir, cuando realmente son arrastrados por ellos; de los que construyen con frases ambiguas el pararrayos que ha de librarles en todo tiempo de las exhalaciones políticas.

Por esto, ni hacen oposición, ni levantan el espíritu público, ni velan por los intereses que la buena fe de los electores les ha encomendado, ni se cuidan de otra cosa que de cimentar en el vacío de fórmulas acomodaticias el edificio de su reputación.

Han dejado de ser hombres de convicciones para convertirse en hombres de Estado... liliputienses.

¡PIN! ¡PAN! ¡PUN!

¿Ven ustedes esas tres voces?

Pues ese es, sin quitar ni poner letra, el programa político completo de un partido que vive, crece y se desarrolla

á nuestro lado, y del que no tenemos más pruebas que los disparos inútiles con que de cuando en cuando se manifiesta.

Es un partido envidiable. Sin jefes, sin periódicos, sin generales, sin clubs, sin aprendices de ministro. ¡Ya quisiéramos que todos fueran así!

Su único programa es el que encabeza estas líneas; sus armas, el petardo; sus aspiraciones, que imite bien el cañonazo cuando estalla; ni más, ni menos.

Hay quien cree que está compuesto de unos cuantos aprendices de polvorista.

No debe ser así.

Todo lo más, se forma con cuatro ó seis cesantes que en tiempo de prosperidad disfrutaron cuatro mil reales y un descuento atroz.

Si se recogieran los papeles de todos los petardos que se disparan, seguro estoy de que se leería en uno de los trozos: «ha tenido á bien declarar á usted cesante, etc.»

Es lo ménos que pueden hacer, si se mira despacio la cosa.

A ellos les ha asustado la política quitándoles los ocho reales diarios con que daban pan á sus hijos. Ellos devuelven la cesantía rellena de pólvora y atada con un cordel para que la sociedad tiemble, siquiera sea durante unos segundos.

Así es que cuando el petardo estalla, tengo la seguridad de que el autor se relame en el quicio de una puerta al ver correr la gente, y espantarse los caballos, y cerrarse las tiendas, y tocar el pito los serenos, y sacar el sable los agentes de orden público.

No es extraño, pues, que el autor del petardo cuando le construye allá en el rincón de su buhardilla, y le apresia bien para que suene mucho, se considere uno de los seres más temibles de la sociedad, y luego cuando sale á la calle y se mira en las lunas de una fábrica de espejos, se encuentre feo y con cara de conspirador.

Pero en realidad el *petardero* no pertenece á una escuela política conocida, ni ha levantado su voz en la prensa, ni ha enviado representación en las Cortes.

(En eso se diferencia del *petardista*.)

Así es que se han disparado petardos mandando Cánovas, y mandando Sagasta, y mandando Zorrilla, y mandando Pi.

Por eso digo que el petardo no va contra el que manda, sino en su pró.

Es una especie de aplauso ministerial, parecido al aplauso con que en los pueblos reciben la Resurrección del Señor en la Pascua.

No hay sino ver la coincidencia que esos petardos tienen con los otros petardos que de cuando en cuando nos dan los que nos gobiernan.

Cuando aquel asunto famoso de los tabacos en tiempo de los radicales, se dispararon petardos.

Cuando la famosa corta de pinos, se dispararon petardos.

Ahora se ha hecho el negocio del Noroeste y no sé qué otra clase de negocios, y estos últimos días se han disparado petardos en la calle de Carretas, en la Puerta del Sol, en la plaza de Santa Ana, en la calle de Postas...

Es una especie de *aviso al público*.

Así es que cuando oiga usted un petardo, bien puede usted decir que se han roto por algún lado las arcas del Tesoro.

Hay quien atribuye á manejos ministeriales esas manifestaciones de corrida de novillos.

En algunos casos podrá ser. En el caso presente no es creíble.

Un Gobierno que tiene fiscales de imprenta para que los periódicos no escriban, y condes de Toreno para que los diputados no hablen, ¿qué necesidad tiene de petardear á las gentes por esas calles? ¿No le petardea ya bastante desde el poder?

En cuanto al *petardero*, no sé por qué se esconde, ni sé por qué se tiene miedo á sí mismo, ni comprendo por qué huye de las autoridades.

¡Si hay hombre que podría ganarse honradamente un pedazo de pan, haciendo petardos y disparándolos según y conforme los fuera necesitando el que manda!

Y no que así se dedican á un entretenimiento que les ocasiona gastos y no les reporta beneficios.

Exponiéndose, en cambio, á que un agente de orden público les eche el guante, y se vean de infelices ciudadanos ascendidos á la categoría de grandes trastornadores sociales.

¿Por qué no se dan á luz como corporación? ¿Por qué no alzan una bandera? ¿Por qué no dan un programa completo?

Aquí donde tantos petardos nos han dado los políticos de todas clases, ¿qué inconveniente hay en que se presente un partido nuevo diciendo: «venimos á meter ruido una vez por semana?»

Examinados detenidamente los políticos de hoy día, ¿qué son?

El partido constitucional: un puñado de garbanzos de pega.

El conde de Toreno: un petardo sin pólvora que no estallará.

Romero Robledo: una carretilla que estalla por tiempos.

El Sr. Fabié: un petardo que ha sonado ménos de lo que se esperaba.

El Sr. Cánovas: una bomba final, que sólo espera la mecha del polvorista.

¡Pues si vivimos en plenos fuegos artificiales!

Á UNO DE LA MAYORÍA.

«Querido esposo: me tienes
altamente disgustada;
no me refiero á *belenes*,
me refiero á que no vienes,
ya que en Madrid no haces nada.

Nadie de tí se ocupó.
Nunca has dicho ¡aquí estoy yo!
¿Quien tal cargo desempeña,
cumple con el sí ó no,
como Cristo nos enseña?

Todos hablan, todos dan
en las Cortes su opinión,
y tú callado ¡qué afán!
Los electores están
quemados y con razón.

Y más lo está tu señora.
Tu conducta me encoceña,
pues no es eso lo pactado.
¿Qué hemos sacado hasta ahora
del cargo de diputado?

¿Es que ya no hay credenciales?
¿No has de conseguir un puesto
valiendo lo que tú vales?

¿Y has pagado para esto
los votos á cuatro reales?

¡Pasas desapercibido!
¿Por qué no hablas de *corrido*
como ciertos oradores?
¡Qué discursos he leído!
¡Tú los harías mejores!

Así se alcanza el favor,
y aunque peques de importuno,
habla y no tengas temor.
Con tu conducta, ninguno
ha llegado á Director.

Grita, rebulle, alardea
de tener ideas raras.
Que te oigan, ¡que se te vea!
Métete en todo, aunque sea
en camisa de once varas.

Que altos puestos lograrás
si sigues este camino,
y así, querido, podrás,
desempeñando un destino
desempeñar lo demás.

Si al seguir esta lección
no alcanzas mejores días
y cargos de distinción,
déjate de tonterías,
¡pásate á la oposición!

Que hablen de tí mal ó bien
nada te debe importar;
pero, hijo, cuidado tén
de pasarte á los que estén
más próximos á mandar.

Déjate por Belcebú,
de conciencia en el Congreso.
Adios, y no hagas el bú.
¡Que no se diga que tú
no sirves ni para *esolo*!

(Es copia.)

LO SUBLIME Y LO RIDÍCULO.

En la España democrática tenemos, y no es mucho tener para los tiempos que corren, dos eminencias; el ilustre desterrado y el ilustre tribuno: Ruiz Zorrilla y Castelar.

El ilustre desterrado se divierte en París á costa de la policía francesa; el ilustre tribuno, cansado y aburrido porque no se habla de él, acaba de ingresar triunfalmente en la Academia Española. La paloma forma parte de la bandada de cuervos. Plegue al cielo que no se le escape algun graznido, por aquello de que el que entre cuervos anda á graznar se enseña.

El acto de recepción fué sublime, como todo lo que se relaciona con D. Emilio. Su rasgo característico es la sublimidad; sublime es su elocuencia, sublime su política, sublime su intransigencia, sublimes sus amigos, sublime su desden hacia los que no abdicar ante él la facultad de pensar, y sublimes, por último, las palizas que en el Parlamento le propina de cuando en cuando su cariñoso Pilades el sublimado (corrosivo) D. Antonio.

Junto á lo sublime de la recepción ha aparecido lo ridículo, según ley fatal de nuestra pobre condición humana.

Los periódicos vienen desde el domingo despachándose á su gusto. El uno dedica toda su segunda plana á decir pequeñeces por cuenta del grande hombre, brindando cuatro columnas de incorrecciones á la salud del nuevo académico. Por él sabemos que Castelar come de vigilia los viernes de cuaresma; buñuelos en la noche de Todos los Santos, y besugos en la de Navidad. También nos dice que Castelar es sumamente distraído. ¡Y tanto! Como que se le va olvidando lo que habló sobre política desde el 52 hasta el 73.

El otro inventa la palabra *soneria*, llama á los muros *murales*, escribe ajimez y tejido con *g*, y perfecciona el telegrafo haciendo que los alambres vayan por las nubes. Todo por contrariar á la Academia.

De los neos no hay que hablar. Ponen al primer orador de nuestros tiempos como chupa de dómene, ó como ropa de Pascua, que es más clerical. Afortunadamente para las letras, para el progreso, para honra de España, la voz de los neos pertenece á esa clase de sonidos que no llegan al oído.

En cuanto á las personas, el ridículo subió de punto la tarde del domingo y dentro del salón de sesiones.

Cánovas se sentó entre Cheste y Benavides, dos grandes escritores, principalmente el segundo. Iba vestido de ministro, llevaba colgando del cuello el Toison de Oro, al pecho la banda de la Legión de honor y al lado izquierdo placas de las órdenes de todos los países de Europa.

Castelar no tiene nada de eso y es más célebre en la sudodicha Europa que el correligionario de Toreno. Señal de que el uno, el enco, es filósofo *inmanente*, y el otro, el sonfiador, es filósofo *transeunte*. Al ver D. Emilio el Toison de D. Antonio se sonrió como quien dice:— Esa es la antigualla que yo envié por decreto al Museo Arqueológico.— Don Antonio á su vez comprendió la sonrisa, y encogióse de hombros, como quien replica:— Ya sabes que yo sólo me sostengo por las antiguallas.

El *Trágala* que Castelar estuvo cantando durante hora y media fué enorme, fué colosal. Nuñez de Arce, que vota con los neos en el seno de la docta corporación, está vengado; Alarcon, hecho neo para ingresar en ella, está vengado; Zorrilla, que siempre rehusó aceptar honra tan dis-



NO HAY PEOR CUÑA QUE LE

ELO.



LA MISMA MADERA.

EST. de A. FORUNY, MADRID.

paratada, está sustituido. La Academia tiene ya su ruiseñor, y el ruiseñor ha encontrado ya su jaula. Canta entre alambres.

No perora, lee.

Decíamos que los académicos liberales que en la calle de Valverde se vuelven reaccionarios han recibido una compensación con el discurso de Castelar. Decíamos que este discurso es un *Trágala* colosal.

La voz del siglo XIX ha conmovido aquellas momias del pensamiento. El sople de la vida moderna ha penetrado en aquellas cámaras cerradas á toda innovación. Y el mismo conde de Cheste, olvidando ¡qué olvidando! renegando de unos tercetos famosos por lo malos y por lo cursis, tuvo que abrazar á D. Emilio, después de aplaudirle con entusiasmo.

Felicitemos á Cheste, á Benavides y demás académicos. Castelar les sea ligero.

BUÑUELOS DE PARÍS (1).

Los franceses tenían un ídolo en Sarah Bernhardt.

Sarah Bernhardt lo era todo: actriz, escritora, escultora, pintora, aereonauta, postulante en las grandes solemnidades de la caridad, y memorialista, porque se cartaba con todo el mundo oficial: desde los hulanos de Bismark hasta los húsares de Romero y Robledo.

Sarah Bernhardt, seducida por los ofrecimientos de los Roviras y Ducazcales de Viena, San Petersburgo, Londres, Berlin, Bruselas y Nueva-York, tenía hace mucho tiempo entre ceja y ceja un proyecto de deserción del teatro de la Comedia de París, donde había sentado plaza por el tiempo reglamentario, es decir, por veinte años.

Primero, pidió y obtuvo autorización, contra todas las tradiciones de la Comedia francesa, para dejarse oír en los salones particulares; después, formó queja por la entrada en la Compañía de la actriz Mlle. Bartet, y por último, fundándose en la severidad de los juicios que habían hecho de ella los más renombrados artistas de la vecina República por la equivocada interpretación del papel de Clorinda, en *La Aventurera*, de Emilio Augier, tomó lo que se llama las de Bazaine en lenguaje imperialista, las de Figueras en lenguaje republicano, las de la Nilson en lenguaje musical y las de Villadiego en castellano, abandonando por un humilde hotel de Saint-Adresse, su fastuoso hotel de la calle de Fortuni, con sus bocetos comenzados, con sus estatuas sin concluir, con su chimenea donde se calcinaban las reputaciones del día, con su diván donde se hundía al dejarse caer, con sus tiestos de plantas exóticas... y con el galgo escocés, que la acompañaba en sus paseos matutinos al bosque de Bolonia, triste y meditando.

En España, donde ha desaparecido dos veces de la Presidencia del Consejo de Ministros el Sr. Cánovas del Castillo; y se han desprendido de la mayoría los señores Alonso Martínez, Vega Armijo y Candau, y han sido relevados, del gobierno civil de Madrid el Sr. Elduayen, de la Fiscalía del Tribunal Supremo el Sr. Alvarez Bugallal, y del Consejo de Estado el Sr. Fabié; y ha reemplazado al Sr. Lopez de Ayala en la Presidencia del Congreso el señor conde de Toreno; y han entrado en la Academia de la Lengua los Sres. Catalina y Tejado; y han votado las Cortes una pensión de 1.500 reales al año para la mujer de un telegrafista fusilado por los carlistas, y tres de 30.000 para las señoras de otros tantos ministros que murieron con certificación de los médicos, y todo esto sin provocar un grito de asombro del país ni una protesta por parte de las naciones extranjeras, no puede concebirse el pánico que ha causado la desaparición de Sarah Bernhardt, no ya en Francia, porque esto nada de particular tendría para nosotros que estamos acostumbrados á que

desaparezcan los administradores de Rentas, los recaudadores de contribuciones y los tesoreros de provincia con los fondos públicos, sino en todas las cancillerías de Europa.

Y sin embargo, nada más cierto.

Un periódico francés, que, dicho sea de paso, sólo se ocupa de las cosas de España, para decirnos que el señor Vallejo Miranda, gentil-hombre y agregado á nuestra embajada en París, ha sido demandado ante los tribunales por la señorita Ernestina Caro, de quien ha tenido un hijo, publica los siguientes despachos telegráficos relacionados con la deserción de Sarah Bernhardt:

El conde de Saint-Vallier, embajador en Berlin, á Mr. Freycinet, ministro de Negocios extranjeros:

«La dimisión de Sarah Bernhardt es muy comentada en los altos círculos de la política, creyéndose generalmente que en vista de este inesperado fracaso de la Comedia francesa, el príncipe de Bismark consentirá en volver á la escena política, donde no tiene más rival que nuestra célebre compatriota.

»Al anunciarse la representación de *La Aventurera*, el canciller previno telegráficamente al embajador de Alemania que pusiera en su conocimiento todos los incidentes de aquella solemnidad. Si Sarah hubiera interpretado con éxito el papel de Clorinda, la guerra habría estallado ya. La derrota de Sarah ha asegurado la paz.»

Mr. Leon Say, embajador de Inglaterra, á Mr. de Freycinet, ministro de Negocios extranjeros:

«Enviado por el Gobierno de la República á negociar las tarifas aduaneras, ha caído sobre mí de improviso el formidable incidente Sarah Bernhardt, sólo comparable, por la impresión que ha causado en todas las clases de la sociedad, á la noticia de la derrota de Waterloo.

»El pueblo inglés recorre las calles cantando el himno inglés con esta modificación, GOD SAYS THE SARAH; y aquí, donde la opinión manda tanta fuerza, no sería extraño que en el caso de no poder formar Ministerio lord Gladstone, fuese llamada Sarah Bernhardt á los consejos de la Corona.

»*Stock Exchange*. Consolidado, en alza.»

Mr. John Lemoine, ministro plenipotenciario en Bruselas, á Mr. Freycinet, ministro de Negocios extranjeros:

«Siento haberme lanzado en la carrera diplomática sin haber estudiado suficientemente la cuestión Sarah Bernhardt.

»Es una cuestión llena de peligros. Los belgas temen que pueda comprometer la neutralidad. La invasión del territorio belga por Sarah obligaría tal vez al ejército francés á pasar la frontera. Los directores de teatros han movilizado una legión de figurantes para rechazar el primer ataque.»

El conde de Duchatel, embajador en Viena, á Mr. Freycinet, ministro de Negocios extranjeros:

«El emperador Francisco José ha ofrecido á la ilustre desterrada un castillo en las inmediaciones de Fronsdorf. Kossut le ha pedido su retrato.

»Gran sensación en los círculos políticos.

»*Bolsa de Viena*.—El florín de oro, con mucha demanda. Un agente de cambio ha vendido en 10.000 florines, fin corriente, un pedazo microscópico de un peinado de noche de Sarah Bernhardt.»

El general Chanzy, embajador en San Petersburgo, á Mr. Freycinet, ministro de Negocios extranjeros:

«La alianza franco-rusa puede darse por hecha, dejando al Gobierno ruso en completa libertad de acción respecto á Sarah Bernhardt.

»El asunto Hartman, completamente olvidado.»

El príncipe Orloff al conde Kapnitz, encargado de negocios en París (Cifrado):

«11—Seguid—22—Sarah—606—Nihilista peligrosa—00000—Siberia—40 grados bajo cero.—Obrad en caliente 60 grados sobre cero.»

El marqués de Molins, embajador de España, al Sr. Elduayen, ministro de Estado:

«Lo que ha dado en llamarse conflicto-Sarah-Bernhardt

(1) O como si dijéramos: *Noticias de París*.

no pasa de ser una chiquillada; pero como llueve sobre mojado, es decir, sobre otras chiquilladas, entre las cuales llamo la atención de V. E. sobre la chiquillada Vallejo Miranda, y yo no estoy ya, ni por mi edad ni por mi posición, para estas cosas, suplico á V. E. que se sirva nombrarme sucesor, dando por presentada mi dimisión.

»No quiero que se diga que en mi tiempo se convirtió la Embajada de España en juguete de chicos.

»Ni en Inclusa.»

DEL ROMANCERO DEL CID... DE ANTEQUERA.

Fablando están en un ángulo del salón de conferencias Cánovas el del Castillo y Romero el de Antequera. Fablaban de los impuestos que cobran en estas tierras en parte los Juanillones y en otra parte la Hacienda. Propone Romero á Cánovas le dé aquella presidencia y Cánovas mesurado le dice de esta manera:

—Jóven sois, mi buen Romero, y aunque ya sois pez de cuenta, entre otros muchos pecados tenéis el de la impaciencia. Aguardad hasta Setiembre, que si el carro no se vuelca irá á París el de Llano, á Gobernación Silvela é irá á vos aquel badajo que es mordaza de la izquierda. Poneros en ese puesto algún trabajo me cuesta, que aunque yo non vos lo diga conozco vuestra madera. A fe que no muy seguro estais de lo que se cuenta de ciertas cosas pasadas tras de aquello de Alcolea, y como el que hizo un venablo es fácil que haga cuarenta, temo me juguéis alguna como la ocasión se ofrezca. — En esto terció Elduayen diciendo: — Si es que os arredran de Sardoal los discursos ó es que la cartera os pesa, dejad libre la poltrona, idos, Romero, á Antequera que todos somos hidalgos aunque nadie lo sospecha. — ¿Quién, dijo entonces Romero, en este entierro os da vela? Aquí no hay ramal ninguno, ni hay de Filipinas brevas. Subid vos á la tribuna y mostrad vuestra elocuencia, que non venciera Donon si Escobar lo defendiera. — Home soy, dijo Elduayen, que siempre tuve por regla non vencer oposiciones sino irme con quien venciera. Y agora ya que me empujan, como la ocasión se ofrezca, juro que hasta he de meterme en la cuestión harinera. — Dios libre al país, Romero dijo, de que tal suceda, que aun de lo del Noroeste está la memoria fresca. — Callades, murmuró Cánovas en mal hora que no en buena; pensad que todos tenemos ropa en la colada puesta. Cosas tenedes, Romero, que facer hablar pudieran al mismo Durán y Lira, quiero decir, á las piedras.

En esto entraban del brazo Carvajal y la su dueña,

dirigiéndose pausados á los bancos de la izquierda; y Cánovas muy galante se acercó cortés á ella, á darla mil parabienes por su entrada en la Academia.



Estado de la salubridad política durante la última semana.

Las afecciones constitucionales al estómago se han exacerbado. Se presentaron algunos casos de ictericia en el moderantismo histórico. La mayor parte de los enfermos se han contentado con ponerse amarillos, pero el Sr. Moyano se ve negro... cuando se mira al espejo. Siguen el sarampion y la viruela negra haciendo estragos en pueblos y cortijos. La epidemia reviste la forma de un trabuco naranjero y no pueden con ella los globulillos homeopáticos de guardia civil que se fabrican en la botica garridesca-conservadora. (¡Valiente frase!) Las fiebres intermitentes se cogen con mucha frecuencia oyendo hablar á Armas, á Portuondo y á Sanchez Bustillo. Se recomienda la amistad del señor ministro de Marina para quedarse mudo. La anemia de la situación aumenta que es un gusto. Cuentan que un ministerial muy decididor noticioso de que la anemia se cura con hierro, anda buscando un buen veterinario que la corrija. Pero no haya cuidado de que el enfermo sane. Los conservadores dan una en el clavo y ciento en la herradura.



¿A que no entienden ustedes lo que dice *La Correspondencia* en lo siguiente?

«La Archiduquesa Isabel, madre de S. M. la reina madre, vendrá á Madrid, etc.»

¡Si se descuida, hasta Madrid resulta también madre!



Se le ensancha á uno el corazón cuando lee ciertas revistas de toros. En una reseña de la última corrida se dice:

«Los bichos, buenos mozos, bien criados...»

¿Lo ve usted? ¡hasta bien criados! ¡cómo debían ser los empleados públicos!



A los nueve años de elegido, ha ingresado en la Academia Española el Sr. D. Emilio Castelar.

El Sr. D. Emilio Castelar ha ascendido, por consiguiente, de la categoría de buñuelo de aceite á la categoría de buñuelo de viento.

No hay que decir si la masa estaría bien batida.

Admirablemente.



El Sr. Romero Robledo prepara una combinación de gobernadores.

¿Y creará usted que quedarán bien combinados?

¡Ya ve usted! los está combinando hace cinco años y aún no ha podido hacer que casen.



Hombre; á quien han matado es al distinguido criminal *Pancho*.

¡Pobrecito! ¡Ahora que no estorbaba!

Por que uno más ó menos...



Dice un periódico:

«Parece que en Valladolid ha sido detenido un personaje muy conocido.»

Dice otro periódico:

«Parece que en Jerez han sido detenidas varias personas.»

*Apretándose la faja un jaque dijo á otro jaque: — Dígame usted, comparito, ¿dónde irá el buey que no are? Y el otro le contestó: — A juzgar por las señas, donde vaya un liberal y no le prendan, compare.



En Caspe se ha desbordado el Guadalope.

Como aquí; donde no hay día que Torenó no haga una de las suyas.



Al pobrecito alcalde de Beniel, me le han preso al parecer por chanchullos.

Es lo que él dirá al defenderse: «Pero señor, ¡si eso está de moda!»



El lunes no se suicidaron en Madrid más que tres personas.
¡Vamos! ¡ya se va eso normalizando!

Es lo que yo digo: señor, que establezcan turno para eso; si no, no nos vamos á entender, ni á saber uno cuando le toca.



En Madrid se va á constituir una liga contra la ignorancia.

En Játiva, otra.

Me parece que oigo al conde de Toreno.

— Ya me va cargando tanta alusioncita. ¡Si yo ya no soy ministro de Fomento!



El marqués de Orovisio no va ya á la Rioja. Le consta á *La Correspondencia*.

¡Que contratiempo para los pimientos de la comarca!

DIA COMPLETO.

— Las diez; Luisa me espera. Pues, señor, hoy quiero que el día sea completo. Es una fortuna ser periodista, porque aunque se está expuesto á que el fiscal nos tome la medida de la denuncia, en cambio, una vez publicado el periódico, queda uno libre como el pájaro, y ¡ancha Castilla! Hermoso día... ¡Cualquiera diría que Cánovas manda! Con este sol no va á quedar hoy diputado en casa. ¡Como distribuiré las horas? Meditemos. Primeramente escribiré á G... para que me preste su caballo inglés; luego iré á ver á Luisa y almorzaré con ella; en seguida pasaré por la PELUQUERÍA DE GASCON, *calle de Peligros*, donde me harán la *toilette* con la escrupulosa elegancia que allí acostumbran; á las dos iré á jugar una partida de billar con Enrique; daré á las cinco unas cuantas vueltas por la Castellana, y antes de comer pasaré por la *calle del Príncipe*, CAMISERÍA DE RIVAS, donde escogeré las dos corbatas más elegantes que haya y algunos de los mil caprichos artísticos que ha traído de Italia. El día cerrará con cubierto en Fornos y butaca en la Opera, donde Uetam me hará olvidar que hay Melendos en el mundo. Pero me parece que llaman. ¡Juan, esa campanilla!... ¿Una visita? No estoy en casa. ¿Que ya has dicho que estoy? ¡Hombre, qué bruto eres!... Que pase. Servidor de Vd.; tome usted asiento. Puedo saber... ¡Cómo! Viene Vd. á hablarme de anuncios... ¡de un bombo! Caballero, Vd. ignora que este periódico es enemigo de los bombos, y que sólo hace justicia seca al mérito. ¿Que es Vd. dependiente de los SEÑORES PUIG Y ROBLES, *Calle del Príncipe*, 16, SUCESORES DE MEXÍA? Muy señor mío. Conozco á los Sres. Puig y Robles; precisamente en su casa se viste una porción de

amigos míos, entre ellos el marqués de... cuya señora da á luz todos los meses un vástago. Pero amigo, lo que usted me pide es imposible... Yo diré lo que sepa: que Puig es uno de nuestros primeros Puig; que Robles es uno de los primeros Robles que conozco; que su sastrería es la mejor... ¿Qué? ¿Que es eso lo que usted desea? Pues entonces no hay más que hablar; se dirá así. Ea, abur. ¡Cuidado con tropezar! Mil cosas á... ¿La administración? Ahí dentro... ¡Uf! Parece mentira que se ha ido. ¡Las doce! ¡Y Luisa que me estará esperando! Otra vez la campanilla... ¿Quién podrá ser ahora? ¡Una tarjeta! ¡Y Vd. quién es? (Lee). VENANCIO VAZQUEZ, *Príncipe*, 1, *Chocolates, tes, cafés, etc.* Perfectamente. ¿Y Vd. desea?... Vamos, comprendido: que se inserte el anuncio, y que se diga que el soconusco de Vazquez es el más aromático de los soconuscos, ¿no es eso? Pues será Vd. servido. ¡Abur! ¡Dios de Dios, y qué habla ese hombre! ¡Pues no me ha tenido dos horas explicándome, como si á mí me importara algo, el descubrimiento del cacao! Las tres menos cuarto... ¡Juan, mi sombrero! ¿Qué me trae ahora, una carta? ¡Toma! Pues si es de Manolo Ramirez... Me habla de su asunto, me consulta y me exige que le conteste en el acto. Puesto que no hay más remedio, á contestar. ¡Y Luisa que me espera! Juan, esta carta. ¿Sabes qué hora es? ¡Las cinco! Me he lucido. ¿Y dices que hay en la antesala otro señor aguardando hace hora y media?... ¡Que pase, hombre, que pase! Perdido por ciento, perdido por mil... Beso á Vd. la mano. ¿Deseaba Vd. hablarme? ¿Y en qué puedo serle útil? ¡Ah, es Vd. anunciante! (¡Qué oportunidad!) ¿Que si conozco la FÁBRICA DE BOTONES PARA UNIFORMES Y LIBREAS, de la *calle de Esparteros*, núm. 1? ¡Vaya, como es quizás la primera de Madrid! ¿Y dice usted que el general X se surte de botones en su casa?... Hombre, pues es raro; porque él los usa sólo de cuerno. Conozco mucho al general... Tiene una hija bastante guapa que se pasa la vida en el BON MARCHÉ de la *calle de la Montera*, ajustando siempre y no comprando nunca. ¿Conque era eso todo? Pues se hará mención en el periódico, de su fábrica. Conque, abur... ¿Cómo? ¿Qué dice usted? ¿Que anunciar es vender?... ¡Vaya! ¡Diga usted que yo fuera vecino de la calle de Postas, y me pasaba la vida anunciando!

Pues, señor, ¡bravo! Las siete, y no sólo no he almorzado, sino que ni he visto á Luisa, ni he escrito á G..., ni me he afeitado, ni he paseado por la Castellana, ni comeré en Fornos, ni probablemente oíré esta noche á Uetam... ¡Está bien! El día no ha podido ser más completo. ¡Sea usted para esto persona importante! Me siento la cabeza pesada... No tengo apetito; ya no salgo. ¡Juan, tráeme la bata! ¿Qué dices, hombre, que te has encontrado dentro un anunciante!... ¡Ah, creí!... Pues, no; mejor será que me desnudes. ¿Está la cama preparada? ¡Uf, qué sábanas tan frías! Voy á soñar con la cuarta plana de todos los periódicos, y con el Bon... Marché... y Ve... nan... cio... Vaz... quez... ¡Buenas noches!

EL BUÑUELO.

SAINETE POLÍTICO.

PRECIOS DE SUSCRICION.

MADRID.		PROVINCIAS.	
Tres meses.....	10 reales.	Tres meses.....	12 reales.
Seis.....	18	Seis.....	20
Un año.....	32	Un año.....	38
ULTRAMAR Y EXTRANJERO.— Un año..... 6 pesos.			
Número suelto (con cromó).....	Un real.	Número atrasado (con cromó).....	Cuatro reales.
— — (sin —.....	Medio real.	— — (sin —.....	Un real.

La correspondencia y pedidos se dirigirán al Administrador de **El Buñuelo**, San Bartolomé, 2, principal.

MADRID. — IMPRENTA DE FORTANET, CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29.